

Semblanza Histórica de Andrés Manjón

LA PARAMERA DE LA LORA

En la zona norteña de la provincia de Burgos, limítrofe con las tierras cántabras de la Montaña santanderina, se asienta una comarca conocida con el nombre peyorativo del páramo de La Lora. Esa paramera castellana, en tiempos idos cubierta de hayas y robledales, presenta en nuestros días una naturaleza casi yerma y pelada. La obra destructora de los hombres acabó con el bosque y de aquella naturaleza bravía sólo subsisten las reverdecidas hondonadas de sus valles.

La Lora se ha puesto de actualidad a partir de la fecha ya histórica del 6 de junio de 1964, ante la inesperada aparición del oro negro en aquellos campos resecaos y barridos por el cierzo. España entera lanzó sus campanas al vuelo, con aires de júbilo nacional, al conocer la noticia de la existencia de un venero de riqueza que brotaba de las entrañas profundas de la paramera loriana. Los sucesivos trabajos de exploración y apertura de pozos se han visto coronados por un éxito prometedor. En aquellos campos mustios emergen, como figuras siniestras en la noche, los balancines que en permanente funcionamiento extraen los crudos que son almacenados en imponentes depósitos, desde donde son llevados, a través de un serpenteante y rutilante oleoducto que discurre a flor de tierra, al riente pueblecito de Quintanilla-Escalada, situado al pie de la carretera general Burgos-Santander. Modernos albiges cisternas cargan el precioso carburante y, a marchas forzadas, lo transportan a distintas provincias españolas para que sirva de alimento a fábricas y complejos industriales.

En los campos de La Lora se recortan aldeas y pueblos, presididos por las torres o espadañas de sus vetustas iglesias, con

sus edificios y casonas de piedra que resisten impávidas las gélidas ventiscas del padre invierno. Sargentos, Ayoluengo, Valdeajos..., pueblecitos hasta hace siete años totalmente desconocidos del gran público, han sido aireados por los modernos medios de comunicación social, y sus nombres han sido encaillados en las flamantes carpetaas de poderosas empresas y sociedades financieras.

SARGENTES DE LA LORA

Entre los pueblos de la comarca de La Lora, el primero con el que se tropieza el viajero que sube desde la carretera Burgos-Santander, siguiendo la modernizada ruta desde el pintoresco pueblos de San Felices, es Sargentos de la Lora. Cuenta el pueblo con sesenta vecinos. Las casas, construidas de piedra, se adornan muchas de ellas con escudos nobiliarios y artísticas balconadas. Tiene una recoleta iglesia, cuya titular es la Virgen de las Nieves. Sus habitantes, sencillos, laboriosos y buenos cristianos se dedican a la agricultura y a la ganadería.

La aparición del petróleo en el páramo de La Lora produjo en todos aquellos pueblos y sobre todo en Sargentos, una honda metamorfosis. Por los caminos y pistas abiertas comenzaron a deslizarse, en impresionante caravana, camiones pesados, lujosos automóviles y una moderna maquinaria de excavadoras y perforadoras. Hubo época, nos cuentan, que aquella olvidada comarca se vio superpoblada por más de seiscientos trabajadores: ingenieros, peritos, técnicos, productores... En la actualidad, se ha producido un pequeño paréntesis, pero todavía puede apreciarse en Sargentos el cambio operado, como lo predicán sus modernas cafeterías y típicos restaurantes.

Mi visita a Sargentos no fue motivada por lo del petróleo. Llevaba yo otras miras. Sargentos, antes del año 1964, ya había salido estampado en las primeras páginas de los periódicos y publicaciones científicas nacionales y extranjeras. Su nombre, cuyo origen toponímico no ha sido científicamente aclarado, había aflorado a los labios de los ministros del Gobierno de España, de los catedráticos de las Universidades y Profesores de los Institutos de la Nación y, sobre todo, había sido repetido insistentemente por los maestros de las escuelas españolas. El nombre de Sargentos había traspasado, hacía muchos años, las

fronteras de nuestra Patria y se había pronunciado con respeto y admiración en los medios culturales de Europa y América.

La circunstancia que dio esa popularidad al pueblecito burgalés no fue otra que la de haber sido cuna de uno de los más ilustres representantes de la pedagogía moderna. Andrés Manjón y Manjón había nacido en Sargentos de La Lora el 30 de noviembre de 1846. El sistema pedagógico implantado en las Escuelas del Ave María había producido un impacto trascendente y saludable entre los genuinos pedagogos españoles y extranjeros.

Con incontenible emoción he deambulado por aquellas callejuelas y plazuelas por las que un día corretera el chavalillo Andrés; he visitado la casa solariega de sus padres, todavía en pie, pudiendo ver la estancia donde nació y las habitaciones en donde pasó su niñez; he tocado la pila bautismal en la que fue cristianado y me he arrodillado a los pies del altar mayor en donde recibió la primera comunión y dijo su primera misa; he contemplado los muros agrietados de la escuelita donde hizo sus primeros estudios elementales; he paseado por aquellas trochas y descampados que circundan el pueblo, por los mismos que transitó, ya anciano, el virtuoso sacerdote y laureado doctor en Derecho, ya que todos los años abandonaba por unos días la ciudad de Granada, su segunda patria, para pasar unas jornadas tranquilas entre sus paisanos que le querían, admiraban y veneraban como padre, sabio y santo, al igual que le consideraban y aclamaban los gitanillos del Sacro Monte y del Albaicín y todas las clases sociales de la ciudad de los Cármenes.

En mi visita detenida a Sargentos de La Lora y a la Casa Madre y Colonias Avemarianas de Granada, he vislumbrado la figura simpática y aureolada de méritos de don Andrés Manjón, y el recuerdo y meditación de su vida y de su obra me han convertido en cantor de sus ejemplares virtudes religiosas, pedagógicas, patrióticas y sociales.

SUS PRIMEROS AÑOS

Nacido en Sargentos de La Lora, pueblecito de la provincia de Burgos y perteneciente al partido judicial de Sedano, fue el primogénito de cuatro hermanos. Sus padres Lino Manjón y Sebastiana Manjón Puente eran modestos labradores, consagrados al cultivo de unas tierrecillas de las cuales obtenían unas menguadas cosechas, a costa de vigiliias y trabajos.

Como viejos castellanos, eran unos auténticos caballeros cristianos. En la escuela de ese hogar aprendió, desde niño, las dos virtudes fundamentales que resaltan en el escudo familiar de los Manjones, en el que campean una capilla, símbolo de la religión, y el yugo y las flechas de Isabel y Fernando, anagrama de la Patria imperial. A ese doble lema, religión y patria, ajustaría Andrés Manjón el ideal de su vida y de su obra maestra.

Dos personas tuvieron, principalmente, decisiva influencia en su niñez y juventud; la señora Sebastiana, su madre, y su tío don Domingo, párroco de Sargentos. En los escritos de Andrés Manjón encontramos pensamientos y frases bellísimas referidas a su santa progenitora, dignas de figurar en las mejores antologías en las que se exalta a la madre.

Como todos los niños, acude a la escuela de su pueblo. De la escuela y del maestro, llamado don Francisco Campos, natural de Rocamundo, nos ha brindado don Andrés una magnífica radiografía en la interesante autobiografía, tan elogiada por José María Pereda y publicada con el título «Cosas de antaño contadas hogañó», (Memorias de un estudiante de aldea), Granada, 1921. El retrato del maestro y el sistema pedagógico del colegio guardan un parecido muy acusado con el que nos ofrecen los escritores y novelistas de su tiempo, entre ellos Pereda en «Sotileza», y Galdós, en «Fortunata y Jacinta». El paso del niño Andrés por la lóbrega, vieja y cuartelera escuela de Sargentos y el sistema antipedagógico que se estilaba en la segunda mitad del siglo XIX, fueron dos circunstancias que influyeron más adelante en la fundación de las Escuelas del Ave María, con hermosos locales, blancas, alegres y floridas, en donde las clases, dadas frecuentemente al aire libre, se alternarían con contos y juegos y en las cuales los maestros avemarianos se mostraban y realmente se comportaban como compañeros y amigos de los alumnos. «No quiero —escribe— que pasen otros lo que yo pasé por faltarme una buena escuela; deseo que las inteligencias y voluntades de los españoles (que valen tanto como los de cualquier otra nación) no se achiquen y empequeñezcan por falta de preparación y desarrollo o lo que es igual, por falta de una buena educación. Aspiro a que la escuela sea la directora, norte y guía del hombre, como hoy, se dice, la maestra de la vida».

El niño Andrés era, naturalmente, como todos los chavales

de su edad. Más que estudiar le gustaba jugar, cazar pájaros, buscar caracoles, coger cerezas, estar con los «jatos», según confesión propia. Sus padres, sobre todo la señora Sebastiana, sueñan con darle una formación intelectual que ellos desgraciadamente no han podido tener. La Providencia acude en seguida para la realización de esos nobles ideales. El párroco de Sargentos se presta a darle clase de religión y humanidades. Piensa el buen cura que Andresillo podrá un día llevar los manteos sacerdotales. De esa misma idea participa su madre. En algunas parroquias rurales solía, por aquel entonces, haber una especie de Academias, llamadas Preceptorias, en las cuales el maestro que lo era generalmente el párroco, recibía el sobrenombre de **dómine**, y en las que se cursaban predominantemente latinidad y humanidades. El hijo de la señora Sebastiana pasó por varias Preceptorias, entre ellas la de Sedano, antes de caer en la célebre de Polientes (Santander), sita en el pintoresco Valle Redible o Valderredible. Acaecía esto en 1857 y el niño contaba 11 años. La Preceptoría polentina estaba dirigida por don Liborio Ruiz, militar retirado, y el sistema de enseñanza adoptado en las clases no se diferenciaba mucho del practicado en la escuela de Sargentos. «La letra con sangre entra», constituía el principio regulador de la pedagogía escolar por aquellos tiempos. Allí pasó tres años y dado su carácter jovial y simpático se granjeó en seguida la amistad de todos sus compañeros de estudio.

SEMINARISTA EN BURGOS

A los catorce años, convertido en un «consumado latinista», al decir de su profesor don Liborio, abandona Polientes y se dirige a la capital de Castilla para ingresar en el Seminario de San Jerónimo de Burgos. Previamente es examinado en el Colegio de San Carlos, regentado por los Padres Jesuitas, los cuales estiman que debe perfeccionar sus estudios, durante un año, antes de hacer su ingreso en el Seminario Conciliar. Su director espiritual, el padre Doncel, encuentra en el joven Andrés «madera aprovechable para labrar en ella virtudes y letras». Vivía, dada su carestía de medios económicos, en una modesta pensión de la Calle Alta, hoy Fernán González. En 1862, es recibido como seminarista. Como apunta uno de sus biógrafos, «diaria-

mente y sin faltar un solo día, se veía al filósofo novel con sus libros bajo el brazo, con aire pueblerino y con espíritu de observación, cruzar las estrechas callejuelas que rodean a la esbelta y bellísima Catedral burgalesa para asistir a clase en el Seminario de San Jerónimo; estudiaba con gusto, daba sus lecciones con aplomo; oía respetuosamente las explicaciones de sus profesores y, emulado por sus compañeros, se esforzaba en ser el **primus inter aequales**. Termina el primer curso de filosofía con las máximas calificaciones.

A los diecisiete años, cuando cursaba el tercer año de filosofía, un hecho triste vino a empañar su carácter abierto y espíritu alegre. Muere su padre. Quiere regresar a Sargentos para ayudar a su madre y hermanos, pero al fin todos, especialmente su madre, le convencen de que debe continuar la carrera eclesiástica iniciada bajo tan prometedores auspicios. Cuando ya iba a rematar el ciclo de las disciplinas filosóficas, inesperadamente, sufre un suspenso en derecho natural, al parecer a todas luces injusto. Este hecho incomprensible le sume en inconfesable vergüenza y, contrariamente a lo que acostumbraba hacer todos los años, no acude a su pueblo para pasar las vacaciones al lado de su familia.

En compañía de otro condiscípulo, llamado Campos Salce, que andando el tiempo había de ser coronel de Ingenieros, sale de Burgos, sin rumbo determinado. Como un nuevo Quijote va de pueblo en pueblo, dedicándose a las ocupaciones más dispares, a fin de hacer frente a las necesidades económicas más perentorias de la vida, llegando tras no pocas odiseas a la capital asturiana. En Oviedo se arrepiente de esa vida bohemia, y a ejemplo del Hijo pródigo, regresa de nuevo a la capital burgalesa. El mismo confesaría más adelante que nunca perdió la fe ni echó en olvido las prácticas de piedad del Seminario. En esos tres meses de vagabundeo aprendió la gran lección de la vida, reflejada en esta frase suya: «A un suspenso le debo lo que soy».

Andrés continúa sus estudios eclesiásticos, y alumnos y profesores le consideran como una gloria del Seminario burgense. Entre sus compañeros seminaristas se encuentra Luis Martín, natural de Melgar de Fernamental (Burgos), el cual, andando el tiempo, llegaría a escalar el cargo supremo de propósito general de la Compañía de Jesús. En 1868, la situación

caótica de la política española, durante el reinado de Isabel II, trajo consigo la clausura de varios Seminarios españoles, entre ellos el de Burgos. A nuestro seminarista le quedan todavía tres cursos de teología.

SEMINARISTA Y UNIVERSITARIO EN VALLADOLID

Andrés Manjón tiene veintitrés años. Al mismo tiempo que corone los tres años de teología que le faltan, toma la decisión de hacer la carrera de Derecho en la Universidad de Valladolid. Pero, para su ingreso en la Universidad se le exige el título de bachiller. Se retira a la soledad de su casa solariega de Sargentos y allí, robando horas al sueño, prepara las asignaturas. En septiembre de 1869, en una sola convocatoria, es examinado de todo el bachillerato en el Instituto de Burgos que aprueba con notas sobresalientes. En posesión del flamante título, se traslada a Valladolid en septiembre de 1869 y fija su residencia en una modesta pensión situada en la plaza de San Pablo. Estudia como libre en el Seminario y en la Universidad. En seguida se rodea de buenos amigos, entre los cuales destaca un estudiante de Derecho, Tomás Cámara, el que más tarde habría de ser el sabio agustino e ilustre obispo de Salamanca.

El joven universitario alterna sus estudios, que va corriendo brillantemente, con una intensa actividad apostólica. Se hace miembro de la Academia jurídico-escolar en cuyas veladas académicas diserta con brillantez, y como miembro destacado de la Juventud Católica vallisoletana combate con valentía, con la pluma y con la palabra, los nuevos movimientos progresistas y laizantes que comienzan a pulular en los ambientes políticos y aulas universitarias. José Zahonero, líder entonces del movimiento progresista en los medios universitarios vallisoletanos y convertido más tarde en fogoso propagandista católico, alabaría más tarde a don Andrés, jefe de los «carcas» o conservadores, con esta significativa frase: «¡Qué bien se batía Manjón!». De esta época datan sus polémicas, que luego continuará en Madrid, con don Eugenio Montero Ríos, catedrático de Derecho Romano y ministro de la Corona, antiguo ex-seminarista y gran cacique en los medios políticos y universitarios. Andrés Manjón tomó una posición abierta contra los enemigos declarados o solapados de las doctrinas pontificias: «O somos o no somos —decía

en cierta ocasión—. O somos hombres que defendemos a la Iglesia y a la Patria en todas partes sin miedo a nadie ni a nada, o mujerzuelas, que nos escondemos cobardemente por miedo a unos cuantos que vocean sin que haya nadie que les salga al paso».

PROFESOR Y CATEDRÁTICO

Manjón, en junio de 1872, da por terminados sus estudios en el Seminario y en la Universidad. Ha llegado la hora de recibir las Sagradas Ordenes. Medita seriamente la responsabilidad que entraña el sacerdocio católico y, después de pensarlo bien y tras asesorarse de sus mejores amigos y directores de conciencia, toma la decisión de no ordenarse, de momento, de sacerdote. Esta inesperada determinación causó verdadero pesar, sobre todo, a su madre y a su tío el párroco de Sargentos.

En posesión del título de Licenciado de Derecho Civil y Canónico, presenta y defiende en 1873 la tesis doctoral sobre el tema: «Diferentes sistemas de la propiedad: principios verdaderos», obra maestra en la cual se fija la doctrina social de la Iglesia frente a las corrientes de signo marxista que comenzaban a pulular en ciertos medios políticos e intelectuales de España. El pensamiento de Andrés Manjón se proyecta en la misma línea de los grandes pensadores y escritores católicos de su tiempo, entre los cuales descuellan las figuras señeras de Balmes, Donoso Cortés, Menéndez y Pelayo...

Ya tenemos al hijo de la señora Sebastiana convertido en un apuesto doctor en Leyes. En la casa natal hemos podido contemplar un retrato al óleo en el que aparece Manjón con toga y borla de doctor y con unos largos mostachos, muy propios de la época, y que conservará hasta el día en que se ordene sacerdote.

Su primera salida al campo de la docencia tiene lugar en Valladolid. Funda una academia privada en la cual reciben preparación alumnos de segunda enseñanza, la cual tiene una corta vida, ya que cierra sus puertas al año de ser abierta. En el curso 1873-1874 trabaja como profesor auxiliar de la Cátedra de Historia de la Iglesia, Concilios y Colecciones Canónicas en la Facultad de Derecho de Valladolid. Al quedar vacante la Auxiliaría de la disciplina de Derecho Romano en la Universidad de

Salamanca, toma posesión de dicha cátedra el 10 de febrero de 1874 y explica hasta el 15 de julio del mismo año.

1010 Andrés Manjón marcha a Madrid en 1875, en donde no conoce a nadie pero en cuya capital del Reino sueña con cosechar triunfos y desarrollar una intensa labor docente y apostólica. De modo providencial, es presentado y recomendado al director del Colegio de San Isidoro, uno de los más prestigiosos de la capital de España, siendo nombrado primeramente inspector y, más tarde, profesor de Geografía e Historia. En este Centro se conquistó en seguida las voluntades y simpatías de alumnos y catedráticos como excelente maestro, y en sus clases y lecciones comenzaron a aflorar sus geniales y originalísimos métodos pedagógicos. «Don Andrés —decía el director— no es un adocenado o uno de tantos, sino el hombre culto, el trabajador incansable y el maestro consumado». Pasó cinco años en este acreditado Colegio. Aparte de su labor docente, Manjón dedicaba largas horas al estudio, con la mira de opositar a una de las Cátedras de la Universidad, que era su sueño dorado. Se hizo socio de la Academia de Legislación y Jurisprudencia, cuyo presidente era Eugenio Montero Ríos. En una de las sesiones en que el político gallego defendía el matrimonio civil, se levantó don Andrés para rebatirle, quedando tan mal parado, que cuando Manjón tenía anunciada alguna intervención, Montero Ríos cedía la presidencia a Gumersindo de Azcárate, huyendo de sus valientes y agudas intervenciones. Don Andrés, seguido de un ardoroso grupo de la juventud estudiosa y combatiente madrileña, se enfrentó de palabra y por escrito contra los prohombres del liberalismo político y religioso y los capitostes de la Institución Libre de Enseñanza.

1011 Al quedar vacante la cátedra de Disciplina eclesiástica en la Universidad de Salamanca, se presenta a las oposiciones y obtiene el número uno entre los doce concursantes, pero con general pasmo de todo el claustro examinador, le es adjudicada la plaza al número dos, debido a las intrigas vergonzantes del ex-seminarista de Villagarcía de Arosa. No se amilana nuestro don Andrés. Sale a concurso la cátedra de Derecho, disciplina general de la Iglesia y particular de España en la Universidad de Santiago, y el hijo de la señora Sebastiana se presenta y en justa lid la gana, pese a los reduplicados manejos caciqueriles de Montero Ríos. El 29 de abril de 1877 recibe el nombramiento

de catedrático de Santiago. Su madre y su tío don Domingo experimentaron una enorme alegría, cuando se presentó en Sargentos para descansar durante unas cortas vacaciones. Pero la señora Sebastiana continuaba erre que erre con la idea siempre acariciada de ver a su hijo subir las gradas del altar, con el título de sacerdote de Cristo, por lo cual con un deje de tristeza le dijo al nuevo y flamante catedrático compostelano: «Yo quería para ti otra cosa mejor». Como catedrático numerario explica en Santiago los cursos académicos de 1878 y 1879.

Andrés Manjón no había salido hasta entonces de su soledad Castilla, la de los cielos claros y azulados y el clima brumoso y lluvioso de su nueva residencia en las tierras gallegas de Santiago de Compostela no se avenía con su temperamento castellano. Por otra parte, tropezó con un ambiente de política monterista que no le iba. Por eso, esperaba con ahinco que saliera a concurso otra cátedra para opositar a ella. «Si continúo aquí un curso más —se decía—, muero de pena; haré, pues, nuevas oposiciones y aceptaré cualquiera otra Universidad, hasta que pueda ingresar en la de Madrid, que es el Capitolio de la enseñanza». Dios, en sus altos designios, dirigió sus pasos no hacia la capital de España sino a la ciudad de Los Cármenes. Al quedar vacante en 1880 la cátedra de Derecho Canónico en la Universidad de Granada presenta la solicitud y, tras reñido concurso, se la adjudican. La Providencia divina que, al decir de San Agustín, escribe derecho con trazos torcidos, encamina los pasos del ilustre burgalés a la capital granadina, en donde diversas circunstancias humanas y sociales habían de depararle la ocasión propicia para llevar a cabo una labor que le habría de dar fama y notoriedad en el mundo, como fundador y maestro de unos nuevos y originales métodos pedagógicos, mediante la creación de las Escuelas del Ave María.

ANDRÉS MANJÓN EN GRANADA

Por Real Decreto de 17 de abril de 1880 fue trasladado por concurso para ocupar la cátedra vacante de Granada. El 28 de mayo de 1880 toma posesión oficial de la cátedra de Derecho Canónico en la pintoresca ciudad del Darro y del Genil, que ya no abandonará hasta su jubilación. Y después de jubilarse por la edad reglamentaria, el célebre pedagogo continuará en

la ciudad de la Alhambra hasta su muerte. Vive en un modesto cuarto de la calle de la Alhóndiga. Las clases y los libros constituyen su principal distracción. En aquella pobre estancia escribe y publica «Cosas de antaño contadas ogaño» (Memorias de un estudiante de aldea), que es la autobiografía de su niñez y juventud, obrita tan alabada por José María Pereda. De esta su época son las «Instituciones de Derecho eclesiástico general y español», obra en dos tomos, que tuvo una favorable acogida entre los estudiosos y especialistas y que fue aceptada como texto en muchas Universidades españolas y sudamericanas. Algo más tarde, haría la traducción, enriquecida con interesantes anotaciones, en las célebres «Instituciones de Derecho público eclesiástico», del sabio jurista italiano, el cardenal Tarquini.

Desde el primer curso de su docencia en la Universidad granadina, don Andrés sentó cátedra de profesor extraordinario y se captó en seguida la simpatía y la estima de los alumnos y compañeros catedráticos. Asistía puntualmente a clase y se preparaba concienzudamente para explicar las lecciones. No admitía influencias de nadie y era justo y ecuánime en la calificación de los exámenes. Por ello, los alumnos no aplicados consideraban la asignatura de Derecho Canónico como un «hueso» difícil de roer, según frase estudiantil. Pero, al fin, todos le querían y admiraban. Como refiere uno de sus biógrafos: «No era el catedrático de voz ahuecada o con humos de sabio a la moderna; era el maestro bien preparado, el conocedor de sus alumnos y el guía o pedagogo que iba llevando como de la mano al joven e inexperto estudiante de veinte abriles. Huía del discurso de altos vuelos, tan en moda en nuestras Universidades, y con encantadora sencillez explicaba sabiamente las más difíciles cuestiones de Derecho». Con el correr de los años, el claustro universitario de la Universidad de Granada pensó en proponerle como decano de la Facultad de Derecho, pero don Andrés se opuso resueltamente a dicha propuesta, con esta su humilde pero tesonera afirmación de que «ni valía para mandar a doctores, ni podía permitir que sus ilustres compañeros del profesorado tuvieran como jefe inmediato a un pobre y torpe maestro de escuela». Y al llegar la hora de su jubilación y ser nombrado decano honorario de la Facultad, ordenó que arrancaran la lápida colocada con dicho noombramiento: «Pase lo de decano honorario —decía don Andrés—, porque son honores que no

perjudican, pero quiten esa lápida, porque es una ofensa a la verdad». Así era de humilde y modesto.

Al poco tiempo de establecerse en Granada, trabó amistad con todos los profesores eminentes en la ciencia del saber y en la práctica de la vida cristiana, tales como el insigne arabista Francisco Javier Simonet, el erudito literato Leopoldo de Eguilaz y el eximio historiador Fernando Brieva y Salvatierra. Manjón y sus compañeros catedráticos alternaban sus clases con obras de apostolado y el Centro de la Juventud católica granadina, de la que más tarde fue presidente, recibió vitalidad y pujanza inusitadas. Los alumnos de la Universidad iban engrosando las filas de aquella sociedad de cultura y apostolado seglar, a los cuales dirigía la palabra casi diariamente, forjando una juventud sana y heroica, siempre dispuesta a batirse en defensa de los altos intereses de la religión y de la Patria.

El trabajo duro de la cátedra y sus polifacéticas actividades apostólicas, no fueron óbice para volver a sus antiguas aficiones literarias. Escribe en revistas y periódicos, pero de modo especial, en la Prensa local. Sus artículos una vez aparecen con su firma y otras con el seudónimo de «Canta claro». Bajo el título de «Retrato a la pluma y alfilerazos», nos legó una cuartilla en la que dentro del marco de su profunda sencillez, nos brinda su propia caricatura física, psicológica y moral, con el gracejo y sentido humorístico en él tan característicos. He aquí el relato de su autorretrato: «Rostro vulgar y prosáico, cabeza grande, oblonga y jaspeada por las canas, frente rielada, cejas prominentes, ojos no grandes y soterreños, entrecejo acentuado y nariz chata, labios desiguales y un tanto gruesos, bigote en cantones, barba partida, grueso cuello, ancho pecho y espalda y el cuerpo todo redondeado y apuntando en obeso. Ni listo ni tonto, ni rural ni urbano, ni vivo ni posma, ni bueno ni malo, ni adusto ni culto..., es, en suma, un ser ni definido e indefinible, una medianía, algo parecido al agua tibia o a las coplas de Calainos, a la carabina de Ambrosio o a la espada de Carpio».

SU ORDENACION SACERDOTAL

Andrés Manjón gustaba recorrer con frecuencia los barrios pobres y extremos de la ciudad de Granada, en todos los cuales brillaba la miseria. En chozas y viviendas insalubres malvivían,

en absoluto hacinamiento, familias humildes. Sentía en lo más íntimo de su alma tanta miseria material y moral. Daba mil vueltas a su magín en la búsqueda de una solución justa a todos esos problemas. Lo que más le preocupaba era la situación lastimosa de tantos niños famélicos, semidesnudos y analfabetos. «Pero Señor —meditaba para sus adentros—, ¿cómo viven estas criaturas?; ¿qué hacer para remediar tan graves males?; mala era la escuela de Sargentos, pero al fin se enseñaba; mas aquí, ¿dónde están los maestros que eduquen?; ¿dónde las escuelas que eviten tanta incultura».

Por un Real Decreto de 18 de agosto de 1885, el ministro de Fomento, don Alejandro Pidal, se reconocía la enseñanza libre. En el Colegio del Sacro Monte, situado junto a la famosa Abadía que se alza en un pequeño monte que domina parte de la ciudad, se cursaban el bachillerato y la Teología. Había sonado la hora para crear asimismo una Facultad de Derecho. El 23 de octubre de 1885 fue nombrado don Andrés catedrático de Derecho Canónico de dicho Colegio, disciplina eclesiástica que alternaría en la Universidad. Para dar la clase se ve obligado a subir todos los días al Sacro Monte. Una vez lo hacía a pie y en otras ocasiones, caballero en una mansa borriquilla, llamada «La Morena», que era «viva de genio, hasta el punto de no admitir fácilmente ancas de nadie que no fuese su amo». Esta borriquilla era conocida por todos los granadinos y tenía un simpático esquilador, gratuito y gitano para más señas. Por cierto, en una ocasión, un caballero, gran admirador de la obra de don Andrés, le pidió un retrato suyo con un dedicatoria. Don Andrés le regaló una fotografía en que aparecía cabalgando sobre «La Morena», con la siguiente apostilla: «A tal santo, tal peana». Durante su recorrido diario por el camino sacromontano puede contemplar a la izquierda del sendero las rústicas cuevas, habitadas mayormente por gitanos en contraste con el panorama riente que se ofrece a la derecha con el Valle del Paraíso o Valparaíso, con su rica vegetación, sus árboles frutales y sus flores marco incomparable para sus bellos Cármenes.

Durante su caminata de ida y regreso por aquellos vericuetos sacramontanos, Manjón solaza su espíritu con la contemplación de la incomparable Alhambra y el Generalife, con sus torreones y construcciones del más puro estilo árabe, con sus jardines que enmarcan los soberbios palacios de los reyes naza-

ritas. Ese bello y artístico conjunto arquitectónico, lugar de cita constante del turista nacional y extranjero, le subyuga y entusiasma. Pero en su alma de apóstol de Cristo bulle incesantemente una idea que no le deja en paz. Piensa en el desamparo total en que viven aquellas pobres gentes y, sobre todo, le preocupa obsesivamente aquel tropel de niños harapientos que juegan y corretean todo el día en un ambiente semisalvaje a la vera del camino o entre las trochas esmaltadas de nogales, pitas y chumberas.

El venerable sacerdote se hace en seguida amigo de aquellas tribus gitanas. Dialoga amistosamente con mayores y pequeños, a los cuales obsequia con caramelos y golosinas. Después de sucesivas cábalas y meditaciones, acude a su mente la idea de poner remedio a toda aquella masa analfabeta, mediante la fundación de unas escuelas gratuitas en aquellos mismos lugares, que brinden enseñanza y educación a todos aquellos simpáticos gitanillos. Y junto a este pensamiento socie-pedagógico viene a sumarse otra idea, en tiempos idos seguida y siempre añorada, la cual de realizarse va a producir un cambio radical en el curso de su vida. «Si yo me ordenara sacerdote —pensaba don Andrés— y pudiera vivir en esta Santa Casa de educación (Abadía del Sacro Monte) sería el más feliz y dichoso de los hombres».

Lo pensó una y otra vez a solas con Dios en la oración y, después de asesorarse del señor Arzobispo y de sus más fieles amigos, dio el paso definitivo en la conquista del bello ideal que desde niño y joven había soñado. Recibidas, de manos del Prelado de la Archidiócesis granadina, las Ordenes menores y mayores, el 19 de junio de 1886 recibe la ordenación sacerdotal, rodeado de sus discípulos y compañeros universitarios. Como había sido nombrado por oposición Canónigo del Sacro Monte el 16 dicho mes, en la vida de don Andrés se dieron el abrazo sus dos grandes amores: ser sacerdote y vivir en la Abadía del Sacro Monte. Como si nada especial hubiera pasado, Manjón continúa dando sus clases, sin permitirse el premio de unas cortas y bien merecidas vacaciones.

Pero estas cortas vacaciones llegaron más tarde y con ellas el gran día de su vida. El día 5 de agosto de 1886, festividad de la Virgen de las Nieves, patrona de su pueblo natal, el nuevo sacerdote celebra su primera misa en la parroquia de Sargentos, rodeado de un reducido grupo de familiares y amigos. La

señora Seastiana, alegre como unas castañuelas pero anegada en llanto por la incontenible emoción, oye la misa que dice muy de mañana su hijo y de sus manos consagradas recibe la Comuñón. Don Domingo, su tío párroco, asiste en el altar al misa-cantano, dominado por intensa emoción. Todavía recuerdan los viejos de Sargentos aquella fecha en que un hijo ya ilustre del pueblo, abogado, catedrático y canónigo, apareció a los ojos de sus paisanos como un curita de pueblo, amigo de todos sin haber perdido el buen humor y su característico gracejo. Pasa unos días con sus familiares y regresa a Granada el 12 de agosto, ciudad que se convertirá hasta su muerte en teatro principal de sus múltiples actividades universitarias, pedagógicas, literarias, sociales y religiosas.

La figura externa de don Andrés ha sufrido un cambio radical. El vestido seglar ha dado paso al sencillo traje talar de la sotana, pero en su porte interior continúa siendo el mismo, según él mismo confiesa a los alumnos de la Universidad: «Soy el pobre pecador de antes, vestido con traje talar y el mismo profesor de ayer, que aprobará al estudioso y suspenderá al ignorante. Pidan mucho a Dios por mí para que acierte a ser un sacerdote santo».

Manjón se amolda fácilmente al nuevo género de vida en el Sacro Monte, más propia de un monasterio de monjes de vida austera que una Abadía de Canónigos. A las cinco de la mañana ya está en pie, asiste a los oficios del coro, prepara sus clases, estudia y escribe, y muchas noches, a las altas horas de la madrugada, continúa levantado, ensimismado en sus libros y papeles. Lleva una vida de oración y de trabajo. «El Sacro Monte —ha dicho un escritor— ha sido la turquesa en que se formó la piedra preciosa que lleva por nombre Andrés Manjón y la concha en que se cuajó la perla que se llama Escuelas del Ave Maria».

LAS ESCUELAS DEL AVE MARIA

Manjón se decide a poner en práctica la idea con tanto cariño cariciada y concienzudamente meditada de la fundación de unas Escuelas para recoger a los niños pobres. Ha madurado hasta en sus más mínimos detalles un nuevo sistema de enseñanza que en nada se parezca al triste y anacrónico plan

didáctico seguido en la Escuela de su pueblo: «No quiero que otros pasen lo que yo he pasado, ni carezcan de Escuela alegre, humana, racional y cristiana, como yo he carecido». El eximio pedagogo sueña con una «Escuela ideal, campestre, entre flores y jardines, con mucho sol, agua, aire e higiene, y en la que los niños estén como en su casa y vean a todas horas maestros con cara de pascua y no con cara de palo, como las que yo ví en mis primeros años».

Todas las cosas grandes suelen tener orígenes humildes, al estilo del cristianismo venido al mundo en la gruta de Belén. El mismo don Andrés nos ha contado, en términos sencillos, el origen inmediato de las Escuelas avemarianas: «El principio de las Escuelas del Ave Maria fue así: Llevaba en mi mente, hacía años, la idea de poner escuelas en el campo, y cuando paseaba por los alrededores de Granada (que era siempre que podía), se me recreían los deseos, y más cuando en 1886 subí de canónigo al Sacro Monte, y ví despacio aquellos caminos, cármenes y cuevas; y no pudiendo contener en silencio el pensamiento que me agujoneaba, le comuniqué a algunos amigos de más confianza, los cuales se rieron y burlaron diciendo: «Ya tenemos aquí un nuevo fundador; sin duda le sobra dinero». Mas he aquí que un día que bajaba sobre mi burra mansa, para la Universidad (y montado como siempre en el borriquito de mi hijo pensamiento), oí sorprendido canturrear la Doctrina Cristiana en una cueva que caía sobre el camino, y me dio un salto el corazón. Descendí de la burra, trepé por las veredas y hallé en una cueva una mujer pequeña y vulgar, rodeada de diez chiquillas, alguna de las cuales era gitana. Entonces me avergoncé de no haber hecho yo siquiera lo que aquella mujer, salida del Hospicio, estaba haciendo. Porque he de advertir que la «Maestra Migas» (así la llamaban los **ilustrados** vecinos) era una ex-hospiciana, con tres hijos, dos varones y una hembra, y sin medios conocidos de vivir. Me puse al habla con esta mujer, la invité a que subiera las niñas a misa los días de fiesta al Sacro Monte, le obtuve de esta Abadía la comida de las sobras del Colegio, y me **corrí** a pagarle la cueva, que tenía algo de casa, y costaba al mes cuatro pesetas y cincuenta céntimos... Aquella pobre e ignorante mujer me enseñó mucho más que los amigos sabios y cuerdos; porque dije yo: si con una tal maestra y un tal local y tan escasos medios se ha podido organizar una es-

cuela de niñas en el Camino del Monte, que era lo más inculto y pobre de Granada, ¿quién duda que, mejorándolo todo, se llegará a tener un Colegio con todo cuanto se quiera? Animado por este ejemplo, compré un carmen debajo de dicha cueva, busqué una maestra con título, instalé en octubre de 1889 (mes del Rosario) mi escuela primera de niñas; más tarde otra de párvulos, que encargué al marido de la maestra y los niños y Dios han ido haciendo lo demás».

El origen de las Escuelas del Ave María había sido una misera cueva de gitanos. Junto a la escuela madre, levantó un templo-escuela, construido y dirigido por el «maestro» albañil Alfonso, que fue consagrada e inaugurada al culto el día 25 de marzo de 1897, con capacidad para mil niños. Sería una capilla catequística y pedagógica a la vez, donde se enseñaría y se rezaría cantando. Los niños allí oyen la misa, participando en los oficios religiosos con un sentido postconciliar del Vaticano II. En estas colonias avemarianas del Valparaíso organiza asimismo escuelas nocturnas para los jóvenes de aquellas cuevas del Sacro Monte, dirigidas por «un gitano maestro», el célebre don Enrique Amaya, a quien respetaban como autoridad y admiraban, por ser el gitano más leído y sabihondo de todos los gitanos de aquellos contornos y de toda la gitanería.

Pensando en la gesta de los Reyes Católicos que sitiaron la ciudad de Granada para liberarla y de este modo completar la unidad de España, Andrés Manjón planea cercar con escuelas todo el perímetro granadino para reconquistarlo espiritual y culturalmente. Las cuevas del Sacro Monte ya estaban redimidas con las fundaciones de Valparaíso. Había, ahora, que atacar los otros flancos del cinturón suburbial de Granada. En el Camino de Huétor, llamado el Mirador de la Vega, levanta un colegio, conocido con el risueño nombre de Quinta Alegre, con un templo adosado, dedicado a la Virgen de Montserrat. Al norte de la ciudad, en el pobre y populoso barrio de San Ildefonso, inaugura la tercera colonia escolar avemariana, bajo el nombre de Colegio del Triunfo, en atención a la Virgen del Pilar, en el que los niños durante el día y los mayores por la noche reciben instrucción y educación. En la barriada misera y abandonada de San Cecilio, levanta el colegio de las Vistilas de los Angeles, bajo la Virgen del Rosario, sobre un terreno llamado Bellas Vistas, ya que desde allí se brinda una panorámica in-

comparable de la Alhambra, Sierra Nevada, la Vega y los alegres Cármenes granadinos. Como habrá podido apreciarse, Manjón imprime en todas sus funciones la impronta de su espíritu eminentemente mariano.

Siguiendo el programa educativo de San Juan Bosco, funda unas Escuelas de Artes y Oficios en el antiguo convento de la Victoria, sito en la Cuesta del Chapiz, en donde se establecerá más adelante el famoso Seminario de maestros avemarianos, con el fin de actualizar en Granada y en toda España el sistema manjoniano. Ya está hecho el bloqueo escolar de Granada. Manjón, como experto capitán, recorre todos los días aquel campamento que se levanta por los cuatro costados o puntos cardinales de la ciudad de Los Cármenes, dando consignas y orientaciones y recibiendo el aplauso de millares de niños y niñas que con sus cantos, juegos y rezos inundan de alegría aquellos míseros contornos, hasta hace pocos años, tristes, mustios y desolados. Los gitanos saludaban a don Andrés, montado en su borriquilla, con frases cariñosas, como ésta, pronunciadas en el clásico lenguaje cañí: «Vaya ozté con Dios, don Andrés, que ez ozté más güeno que una fuente de natillas».

La fama de las Escuelas del Ave María de Granada se extendió rápidamente por toda España, y de todas las provincias españolas llovían cartas a don Andrés con el ruego insistente del establecimiento de escuelas avemarianas en toda la geografía española. El apóstol de la moderna pedagogía pudo ver con sus ojos cómo el grano de mostaza arrojado en el camino del Sacro Monte había fructificado y se había convertido en árbol frondoso, cuya sombra protectora abarcaba todo el territorio nacional. Asturias, tierra adonde el joven Andrés llegó en busca de aventuras, vio surgir escuelas avemarianas por villas, pueblos y aldeas del antiguo Principado. Y lo mismo aconteció en todas las provincias españolas. En distintos puntos de Europa y, sobre todo, en tierras de América hispana, el sistema manjoniano plantó más adelante sus reales, con el unánime aplauso de las autoridades civiles y eclesiásticas y, de modo especial, de las familias humildes y pobres. Hasta el Papa Pío XI, en años posteriores, solicitaría la fundación de una escuela del Ave María en el hospital de Santa Marta en Roma.

Una de las primeras escuelas levantadas por don Andrés, después de las de Granada, fue la de su pueblo natal. «Así como

en Granada comenzaron las Escuelas del Avemaría en una cueva de gitanos, en Sargentos comenzaron en una humilde troje de granos. Más adelante, se levantó un hermoso colegio de piedra de sillería, al que se agregó después otro edificio, en el cual, en régimen de internado, con sus dormitorios, comedor y cocina, recibían «escuela y despensa» niños y niñas venidos de todos los pueblos de la comarca de La Lora. Dos hechos singulares, dignos de destacarse. La madre de don Andrés aportó su propia casa, la era, la huerta y todos sus haberes económicos para la realización de esa magnífica obra de su hijo. La señora Sebastiana, además, se ofreció personalmente a colaborar en la obra manjoniana de Sargentos, convirtiéndose en la primera «cocinera» del Ave María. Todavía en Sargentos los diversos actos organizados como final del curso escolar, con la presencia activa de don Andrés, que presidía todos los años el reparto de premios y diplomas. Los viejecitos sargentinos se deshacen aún hoy día en elogios de la bondad y simpatía de aquel venerable sacerdote y sabio maestro que conservaba, a pesar de los años, su típico buen humor, y que continuaba obsequiando a chicos y grandes con sabios consejos y sabrosos chascarrillos, irradiando por doquier la santa alegría franciscana que rebosaba por los poros de su recia personalidad humana.

Manjón no sólo levanta escuelas. Escribe sus célebres «Hojas» avemarianas, en las cuales van descritos, hasta en sus más mínimos detalles, el pensamiento y los métodos pedagógicos que han de regir la enseñanza y la educación de los alumnos. Lo mismo en las colonias escolares como en las Escuelas de Artes y Oficios y en el Seminario de Maestros, la enseñanza y el material escolar, lo mismo que el pensionado, son totalmente gratuitos. Andrés Manjón se adelantó en la promoción escolar y la obra benéfico-social a las promociones actuales de los Institutos laborales y los centros de profesión acelerada que en favor de los niños pobres y de la clase obrera han patrocinado en nuestros días los modernos Estados y, de modo especial, el actual Régimen español. Fue en este aspecto, como en tantos otros, un auténtico pionero y esforzado adelantado, como en siglos pasados lo fueran los hijos de la madre Castilla en tierras de España y de América.

EL PADRE MANJON Y LA «ESCUELA NUEVA»

A finales del siglo XIX surgió en Europa y en Estados Uni-

dos un movimiento renovador de la escuela. Principales representantes de dicho sistema revisionista de la pedagogía escolar fueron el doctor Reddie, en Inglaterra, con su «New School», en 1889; las hermanas Agazzi, en Italia, en 1894, y más tarde, María Montessori, con la «Casa dei Bambini», a principios del siglo XX; Lietz, en Alemania, con los «Landerziehungsheim», en 1898; Demolins, en Francia, con «L'Ecole des Roches», en 1899; Decroly, en Bélgica, con «L'Ecole de l'Ermitage», en 1907; Claparède y Bovet, en Ginebra, con la «Maison des petits», en 1913. Todos estos movimientos pedagógicos responden a la idea de lo que ha venido en llamarse la «Escuela Nueva».

Uno de los postulados característicos de la «Escuela Nueva» es el emplazamiento de dichos centros escolares en el campo. Generalmente, adoptan el régimen de internado y se orientan por lo general a las clases privilegiadas de la sociedad. Otra de sus peculiaridades se manifiesta por la inclusión, en los programas escolares, de trabajos manuales, la vocación y el aprendizaje de artes y oficios, acordes con sus aptitudes y su espíritu vocacional. En la forma de dar las clases predomina el uso del diálogo sobre el monólogo. Maestros y discípulos deben cooperar activamente en la enseñanza. Asimismo, ocupa un lugar preeminente en los sistemas pedagógicos de la «Escuela Nueva» el juego y los métodos plastificados, orientados a grabar en el alumno ideas y hechos de las diversas disciplinas escolares.

Todas estas normas pedagógicas modernas las encontramos en las Escuelas del Ave María del Sacro Monte de Granada. Andrés Manjón, con antelación a los promotores de la «Escuela Nueva» ya había implantado un sistema de enseñanza, originalísimo y propio, muy anterior, como lo predicen las fechas de su fundación, a la patrocinada por los pioneros de «L'Ecole Nouvelle» y de la «Progressive School». Los tan cacareados métodos de las Escuelas Activas, promocionadas por Decroly, Dewey, Montessori..., son todos posteriores al sistema manjoniano del Ave María.

La obra pedagógica de Manjón no ha sido objeto, hasta tiempos relativamente recientes, de estudio por los pedagogos españoles y extranjeros. Su condición de español y de sacerdote pudo influir en el olvido casi absoluto de que fue víctima entre los publicistas de allende los Pirineos. Un ilustre pedagogo italiano, Fray Leone, lo asevera con esta frase valiente: «Si Man-

jón en vez de obrar en el silencio y en la humildad de una ciudad española, lo hubiera hecho en París o Ginebra con el favor de la Prensa y de la propaganda, hoy la Escuela Activa saludaría en él a su más auténtico padre». Idéntica opinión sostienen los italianos Walter Ganzaroli y Luigi Volpicelli, el suizo E. Devaud y el argentino padre Alfonso Tortora. El francés L. Riboulet afirma categóricamente que «Manjón es uno de los más grandes pedagogos modernos» y el italiano L. Romanini empareja a Manjón con el belga Decroly, a los cuales considera «como los dos mayores pioneros de la educación nueva», proclamando que el método manjoniano es históricamente hablando anterior a la «Escuela Nueva» y tiene sobrados títulos para colocarse en vanguardia de todos los movimientos modernos de la pedagogía escolar.

España y los españoles no supieron, tampoco, como en tantas otras ocasiones, apreciar y justipreciar la ingente labor del ilustre bienhechor de la infancia, el fundador de las Colonias escolares avemarianas. En nuestros días, al compás de lo que viene sucediendo en ciertos países europeos, principalmente en Italia, los métodos manjonianos están siendo objeto de estudio por los modernos pedagogos españoles. Como botón de muestra citemos el juicio de dos doctores en pedagogía, los cuales eligieron como tema de su tesis doctoral alguno de los aspectos de la pedagogía manjoniana. «Desde un ángulo estrictamente pedagógico —escribe el catedrático de la Universidad Pontificia de Salamanca, Juan A. Cabezas—, la obra viva del padre Manjón se nos presenta como una de las experiencias educativas más inteligentes y audaces de la historia contemporánea de la pedagogía española y, tal vez, europea... Lo característico y original de don Andrés está en su manera de plantear y considerar la escuela, el niño, los programas, la enseñanza, la disciplina, etcétera. Aquí es donde el Padre Manjón se nos revela como educador y organizador genial, original y moderno». El actual director de las Escuelas del Ave María, José Montero Vives, por su parte, sostiene que «el padre Manjón había llevado a la práctica los principios de la «Escuela Nueva» bastante antes que ésta hiciera su presentación oficial», por lo cual no duda en concluir con la afirmación de «que el padre Manjón es, en la teoría y no en la práctica, el precursor de los modernos métodos activos y, como tal, merece ocupar un puesto de honor en la historia de la pedagogía española y universal».

SU OBRA LITERARIA

Las clases de la Universidad y del Sacro Monte, las delicadas atenciones a las escuelas y las múltiples actividades sacerdotales y apostólicas no fueron óbice para que Manjón nos legara una copiosa e interesante obra literaria. Robando tiempo al sueño escribió mucho y bien. Ya hemos mencionado sus concienzudos trabajos sobre el Derecho Eclesiástico. Aprovechando el tiempo de una enfermedad que le retuvo unas semanas en su casa solariega de Sargentos, compuso un precioso libro «Visitas al Santísimo Sacramento», justamente calificado como el «Kempis de la Eucaristía», alabado y recomendado por todos los preladados españoles y del que se servía San Pío X para hacer su visita diaria al Santísimo.

Pronunció conferencias, participó en congresos nacionales eucarísticos, catequísticos, pedagógicos y católico-sociales, siendo de destacarse el celebrado en 1902 en Santiago de Compostela, con asistencia de casi todo el Episcopado español, algunos extranjeros y numerosos catedráticos, en el que tuvo una brillantísima actuación con el tema: «Derecho de los padres de familia en la instrucción y educación de sus hijos». De su pluma salieron muchos artículos para la Prensa y revistas, variedad de folletos y libros de texto para las Escuelas Avemarianas y, sobre todo, publicó las célebres «Hojas», escritas con estilo sencillo y ameno, salpicadas y sazonadas con curiosos relatos y lindas historietaas, en las cuales se brindan a los lectores orientaciones paterno-escolares, coeducadoras, pedagógicas, histórico-cronológicas y circunstanciales del Ave María. Todas estas «Hojas» han pasado después a engrosar algunos de los diez volúmenes de la moderna edición de sus «Obras selectas», publicadas bajo el patronazgo del Ministerio de Educación Nacional.

La labor literaria de don Andrés se centró principalmente en el campo de la pedagogía, en su doble vertiente de la instrucción y de la educación. Fijó las bases, los principios y las normas que habían de regular las Escuelas Avemarianas. En su libro «El pensamiento del Ave María» analiza y describe lo que han de ser sus escuelas, en las cuales desean brillen la higiene, la moralidad, el patriotismo, la laboriosidad, la honradez, la humanidad y el cristianismo, al tiempo que en la segunda parte

de esta obra indica y perfila lo que quiere que no sean sus Escuelas, en las que desea brillen por su ausencia todo lo que huela a parcialismo, demagogia, socialismo, timidez, progresismo, decadencia, rutinarismo y agitanamiento.

El maestro es pieza clave en la buena marcha de las escuelas. De la recta preparación y sano ejercicio del magisterio dependen, en gran parte, los éxitos o fracasos de la instrucción y educación del alumnado. Por este motivo, don Andrés tiene siempre clavados sus ojos escrutadores en los encargados directos de la formación intelectual y moral de los niños. Pensando en los maestros, escribe dos voluminosos libros que han sido y continuarán siendo preciosos y seguros guías en la dirección pedagógica, y cuyas sabias directrices, llevadas a la práctica, forjarán el maestro ideal.

«El maestro mirando hacia dentro, considerado como el «Evangelio del maestro», es un venero inexhaustible de reglas, consejos, consideraciones y advertencias, tendentes a modelar el arquetipo perfecto del profesor y del maestro. Este libro magnífico —escribe el ilustre pedagogo Rufino Blanco—, «no sólo será el primero de su género en España, sino que ocupará el primer puesto de su especie en la literatura universal».

Y digno complemento de ese áureo *vademecum* del Magisterio, lo constituye «El maestro mirando hacia afuera», la última producción literaria del padre Manjón, salida de su pluma bien cortada, cuando contaba setenta y siete años de edad y, por lo mismo, fruto maduro de su saber y experiencia. Al decir de uno de sus biógrafos, este libro «es el guía del maestro que le conduce por los senderos del deber, sin vacilaciones ni perplejidades; es como un piloto que gobierna con suma competencia la navicilla de la escuela, y una norma segura para no errar en la dura y difícil misión del magisterio».

Las obras literarias de Andrés Manjón siguen acaparando, en nuestros días, la atención estudiosa de ilustres uedagogos nacionales y extranjeros. Sus libros no deben faltar en los anaqueles de las bibliotecas de Escuelas, Colegios e Institutos nacionales. Su lectura constituye, en todo tiempo, un manantial de aguas vivas que contribuirán a fertilizar y producir copiosa cosecha en el campo de la enseñanza y de la educación.

EL PENSAMIENTO MANJONIANO

Para enjuiciar la obra pedagógica del padre Manjón es necesario situarlo en el momento histórico en que le tocó vivir. Nació en la segunda mitad del siglo XIX, período que se caracteriza por ser una época de transición histórica en la que hizo crisis nuestra Patria. España, por aquellas calendas, arrastraba una vida de decadencia: pérdida de las colonias de Cuba y Filipinas; lucha de partidos y constituciones, pronunciamientos militares y guerras civiles; desarticulación política y social; retraso acusado, en relación con las principales naciones europeas, en el terreno de la industria, agricultura, comercio, vivienda y urbanismo; antagonismo declarado entre las clases privilegiadas y aristocráticas y las masas inmersas en la más abyecta pobreza y miseria; proliferación del analfabetismo, debido a la escasez de escuelas y la práctica de un sistema inadecuado de enseñanza, a todas lucas antipedagógico.

Ese panorama, cargado de negras tintas, que ofrecía la vida española en las últimas décadas del siglo XIX, hirió la fibra patriótica de Manjón, como la de todos los buenos españoles, entre los cuales es de justicia alinear a los prohombres de la llamada Generación del 98. Esa España decimonónica no le gustaba. Sueña con la solución de todos los grandes problemas nacionales que la Patria tiene planteados. Añora una Patria unida, culta, próspera, en línea recta con los pueblos mejor desarrollados en todos los estamentos de la vida individual, familiar y social. Con la palabra y con la pluma denuncia con voz de trueno los males de la España de su tiempo y, llevado de su espíritu emprendedor, nunca vencido por el pesimismo, se lanza, cual nuevo Quijote, a deshacer entuertos y enderezar caminos, buscando enlazar a la Patria malherida con la España imperial de los siglos de oro. El amor a la Patria constituye uno de los sublimes ideales de su vida. El auténtico patriotismo fue una de las grandes coordenadas de su obra.

Manjón ve en la escuela uno de los mágicos elixiris para curar la enfermedad que aquejaba a la Madre Patria. Desea inyectar savia nueva a las generaciones jóvenes que serán, en un futuro no lejano, los encargados de regir los destinos de la Nación. «Para remediar tan graves males —escribe—, eduquemos y eduquemos de verdad a toda la generación presente,

y este pueblo infeliz, hoy mal alimentado, mal vestido, y mal regido, tendrá seguramente pan, camisa, administración y gobierno, cuando esté bien educado, porque de la educación buena o mala depende la grandeza o ruina de las naciones... Sin la recta educación todo está perdido..., no hay hombres, ni familias, ni pueblos, ni costumbres, ni religión, ni patria, ni sociedad, ni nada; así como con ella bien dirigida lo hay todo». Por eso, lanza esta terminante afirmación: «Educar es la primera y, pudiéramos decir, la única necesidad de España en nuestros días».

Como todas las construcciones o edificios hay que comenzar a levantarlos por los cimientos, de abajo a arriba, Andrés Manjón cifra la grandeza y regeneración de la Patria en la escuela. La instrucción y la educación de los niños deben constituir la base de operaciones en la batalla empeñada para recobrar el pulso de España. De este mismo sentir manjoniano adolece la política de los hombres de la Generación del 98, gráficamente sintetizada en la conocida frase de Joaquín Costa: «Escuela y despensa». La escuela es el banderín de enganche que enarbolan, asimismo, en sus programas de conquista revolucionaria los propagandistas y sociólogos de signo marxista y anarquista. En el mismo lema, aunque con otro orden de fines no siempre acordes con el pensamiento manjoniano, que estampó en sus reglamentos Francisco Giner de los Ríos, el fundador de la Institución Libre de Enseñanza.

Las Escuelas del Ave María, nacidas directamente para aliviar el abandono en que se encontraban los gitanillos del Sacro Monte y del Albaicín, cuando se profundiza más en los orígenes de su fundación, se aprecia que persiguen otros fines mucho más ambiciosos y universales. La Institución avemariana trata de «formar —anota Manjón—, de cuantos sienten anhelos para ser algo más que sauces llorones, y hacer algo más que estériles pucheros y decadentes lamentaciones, un ejército que camina a la pacífica conquista de la Patria». Don Andrés piensa hasta en el nombre que va a poner a sus escuelas y no encuentra otro más apropiado que el del Avemaria, y razona su determinación en estos términos, en los cuales se edivina su labor pedagógica como obra de lucha, de conquista y de redención: «Si con el Avemaria comenzó nuestra Redención, y con el Avemaria se implantó el Cristianismo en España sobre el Pilar de

Zaragoza, se inició la Reconquista en Covadonga y se coronó en la ciudad de Granda, ¿no será justo, español y santo acudir al Avemaría para rehacer y renovar y, en cierto modo, regenerar nuestro suelo y nuestra alma?».

No se le oculta al ilustre pedagogo burgalés que la conquista espiritual, política, social y, sobre todo, educacional de la Patria sea obra de un solo hombre o de una Institución, sino que en dicha empresa deben cooperar todos. «Bien sabemos —dice— que para la recta educación de un pueblo no basta la escuela; se necesita el concurso de la religión de la familia, de la sociedad y del Estado». El sabía muy bien que no brindaba con sus escuelas la panacea milagrosa para remediar todos los males que afligian la vida enferma de España, pero con sus colonias escolares avemarianas trataba de denunciar y, en lo posible, arrancar de cuajo las dos terribles lacras del ocio y de la vanidad social, que eran dos de las plagas más graves causantes de la decadencia de la Patria.

El pensamiento final de las escuelas manjonianas, como ha escrito el catedrático Juan Antonio Cabezas, no fue sólo «desbravar gitanos, ni siquiera elevar a los niños de los barrios más extremos y necesitados de Granada a un grado de humanidad más puro, sino la de contribuir, en la medida de sus particulares fuerzas y posibilidades, a la causa sagrada de la regeneración de España, económica, social, moral y espiritualmente». Así lo entendieron y reconocieron algunos de nuestros pensadores contemporáneos, aunque no comulgaran con las ideas religiosas de Manjón. Como botón de muestra citemos las palabras pronunciadas en 1898 por Santiago Ramón y Cajal, en el Ateneo de Madrid, en las que alaba a don Andrés Manjón «como catedrático distinguido, canónigo del Sacro Monte, publicista, sacerdote ejemplar y, sobre todo, como pedagogo y modelo de los hombres que España necesita para su regeneración».

APOTEOSIS FINAL

Don Andrés Manjón, cumplida su misión en la tierra, confortado con los auxilios espirituales y rodeado de sus más fieles colaboradores, muere plácidamente en el Señor en la madrugada del 10 de julio de 1923. Granada entera se conmueve ante

el hecho luctuoso de la pérdida de uno de sus más valiosos protectores. La infausta noticia se extiende en seguida por España y el extranjero, de donde llegan millares de testimonios de condolencia. La Prensa de todos los matices recoge en sus páginas enlutadas los elogios más cálidos en honor del fundador de las Escuelas del Ave María. Desde el rey hasta el último gitanillo del Sacro Monte y del Albaicín expresan su dolor por la muerte del sacerdote santo y sabio pedagogo, por el amigo de los niños y padre de los pobres.

Manjón había expresamente declarado en su testamento el vivo deseo de que en su entierro se evitara «todo lo que oliera a vanidad». Pero la ciudad de Los Cármenes, al frente de todas sus autoridades, reclama del Cabildo de la Abadía del Sacro Monte y de sus familiares la autorización para rendirle públicamente el merecido homenaje póstumo. Autoridades y pueblo acompañan, en multitudinario y devoto cortejo, los restos de don Andrés a través de las veredas del camino sacromontano hasta el salón de sesiones del Ayuntamiento, en donde quedan expuestos a la veneración y a los rezos de todos los granadinos. Granada aparece enlutada y las campanas de todas las iglesias tañen a muerto por el fallecimiento del segundo San Juan de Dios, como le llama la población granadina. El Gobierno español ordena que se le rindan honores de capitán general con mando en plaza. En el Congreso de Diputados y en el Senado se le tributan encendidos elogios. Celebradas las honras fúnebres en la Catedral, y tras una pequeña parada en la Universidad, es devuelto el cadáver a la capilla madre del Ave María, seguido de una muchedumbre inmensa en la que se entremezclaban todas las clases sociales, poniendo una nota de impresionante emoción los gitanos que, llorosos y en silencio reprimido, acompañan a su valioso protector. Andrés Manjón es enterrado en un sencillo sepulcro que él mismo se hiciera construir bajo el altar mayor de la escuela-capilla de Valparaíso, en donde «quería conmorar por siempre para oír las plegarias y cánticos de los niños».

Granada y España, Sargentos de Lora y el pueblo sencillo, los hombres de la ciencia y de la política, testimoniaron su fervoroso homenaje al ilustre pedagogo, culto catedrático y fundador de las escuelas en las cuales se enseña «en cristiano, en español y en humano», al fecundo escritor y celoso canónigo,

al castellano y burgalés de pura cepa, al hijo adoptivo y predilecto de la ciudad de Granada, a la que reconquistó, como en siglos pasados lo hicieran los Reyes Católicos, bajo el lábaro santo y el bendito anagrama del «Ave María».

Andrés Manjón, desde el cielo, continúa ganado batallas, como su paisano el Cid Campeador, en favor de los niños pobres y analfabetos. Las Escuelas del Ave María han continuado ensanchando su radio de acción pedagógica y benéfico-social por pueblos y ciudades de la geografía española y sus métodos pedagógicos han irrumpido en los medios culturales del extranjero. Murió Manjón pero su obra no ha muerto.

Andrés Manjón que, en vida, renunció a mitras, dignidades, condecoraciones, títulos, pergaminos, honores y homenajes, se ha visto, después de su muerte, glorificado y exaltado. La Iglesia, por la voz autorizada de sus prelados, le ha proclamado Santo. La Patria, reconocida a sus méritos y servicios, ha enaltecido su memoria, colocando su nombre en el frontispicio de Institutos y Grupos Escolares. La sociedad estudiosa e investigadora ha acudido a la fuente cristalina de sus escritos y de sus libros para beber el agua vivificante de sus originales orientaciones pedagógicas. Los métodos manjonianos de enseñanza y educación continúan brindando a la Patria, a la Iglesia y a la sociedad un instrumento magnífico y eficaz para la formación de hombres cabales y perfectos, siempre preparados y dispuestos para el logro de un mundo mejor.

P. Esteban IBÁÑEZ, O. F. M.

BIBLIOGRAFIA SOBRE ANDRES MANJON

La vida y la obra de Andrés Manjón han sido objeto de estudio en España y en el extranjero. No es del caso citar toda esa extensa y variada bibliografía y nos limitaremos a dar la nota bibliográfica de algunos autores que hemos consultado para nuestro estudio. La bibliografía que conocemos y recomendamos es la «Vida de don Andrés Manjón, fundador de las Escuelas del Ave María, escrita por un maestro de dichas es-

cuelas, Alcalá de Henares, 1946. Para el estudio de su pensamiento pedagógico y avemariano recomendamos la edición nacional de las «Obras selectas de don Andrés Manjón», bajo el patrocinio del Ministerio de Educación Nacional, en diez volúmenes. La más completa relación de los escritos y obras del padre Manjón puede encontrarla el lector en la obra de José Montero, «Manjón, precursor de la Escuela Activa», Granada, 1958, págs. 255-258.

— BENITO DURAN (Angel), «Andrés Manjón. Estudio de su sistema pedagógico», Granada, 1955.

— BLANCO SANCHEZ (Rufino), «Una visita a las Escuelas del Ave María», Madrid, 1908.

— CABALLERO SANCHEZ (Blas), «Manjón sus ideas políticas y sociales». Avilés, 1946.

— CABSZAS (Juan A.), «La escuela como instrumento de regeneración en el pensamiento del P. Manjón», en «Educación», revista de la F.E.R.E., septiembre-octubre, 1965, págs. 597-636.

— DELGADO (Jesús), «Don Andrés Manjón. Bosquejo de su figura y de su obra», Madrid, 1923.

— DEVAUD (E.) «Pedagogie e ciel ouvert. Le chanoine Manjon et les Ecoles del Avemaria de Grenade», en «Revue Belge de Pedagogie» (1939).

— GALINO CARRILLO (M. A.), «Estudio de los pedagogos contemporáneos españoles», en «Pensadores pedagógicos contemporáneos», Madrid, 1951, págs. 571-576.

— GALVEZ CARMONA (Gonzalo), «El padre Manjón». Madrid, 1943.

— GANZAROLI (Walter), «Le scuole dell'Ave Maria del Manjon», Rovigo, 1955.

— GONZALEZ JIMENEZ (A.), «El juego en la pedagogía de Manjón, Granada, 1963.

— HOMENAJE de la provincia de Burgos al padre Manjón, Burgos, 1969.

— MARQUEZ (Gabino), «Obras y escritos de D. Andrés Manjón», Madrid, 1941.

— MAZZETTI (Roberto), «Società e educazione nella Spagna contemporanea», Firenze, 1966.

— MONTERO (José), «Didáctica manjoniana», Granada, 1959.

- PRELLEZO GARCIA (José Manuel), «Educación y familia en Andrés Manjón» (estudio histórico crítico), Zurich, 1969.
- RAMIREZ SILVA (Luis), «Pedagogía manjoniana», tomo I, Santiago de Chile, 1926.
- RENES (Amancio), «Manjón y la ciencia sobre la escuela ideal», Granada, 1926.
- RIVAS (Natalio), «Recuerdos del Padre Manjón», en «A. B. C.» (Madrid), 12 agosto 1939.
- ROMANINI (Luigi), «Il movimento pedagogico all'estero», Brescia, 1951.
- RIBOULET (L.), «Histoire de la pedagogie», París, 1935.
- TORTORA (Alfonso), «Don Andrés Manjón y la Escuela Activa», Granada, 1958; «Activismo personalístico en la teoría y en la práctica de D. Andrés Manjón», Turin, 1959.
- SOLANA (Ezequiel), «Don Andrés Manjón. Sus obras y doctrinas pedagógicas», Madrid, 1944.
- VELEZ (Francisco de), «Manjón, fundador del Ave María». Biografía, Madrid, 252.
- VOLPICELLI (Luigi), «Andrés Manjón», Roma, 1959.